

**VIVIR
VIAJAR
ESCRIBIR**

CATALINA BERTÓN



¡Bienvenido a este pequeño compilado con relatos de Vivir, Viajar, Escribir!

Este libro significa mucho para mí, especialmente porque los textos que se encuentran aquí han surgido de momentos muy felices o de mucho cambio.

Podes acceder a la versión digital de Vivir, Viajar, Escribir escaneando el código QR.



¡Espero que disfrutes de la lectura tanto como yo de escribir!

*Esto es un brindis:
Por lo infinito del viaje.
Y por todas las personas que sueñan con ese infinito.*

VIVIR

“Vivir, viajar, escribir. Acaso hoy la narrativa más auténtica sea la que cuenta no a través de la invención y la ficción puras, sino a través de la toma directa de los hechos, de las cosas, de esas transformaciones locas y vertiginosas”

Claudio Magris.

Desconfío

“Confía en tu historia”, me dijo el profesor. Sonreí ante la ironía y volví la vista a la computadora. Confiar en la historia es lo mínimo. Tal vez, si hubiera confiado en otras cosas, las desilusiones ahora serían menores.

Pero no puedo, porque algo huele mal. Las palabras, los gestos, y el llanto no me salen. Y no es porque sea un témpano de hielo. Contar mis secretos, abrir mi mente a otras personas, hacerlos partícipes del yo... no puedo. Y todas mis historias me resultan huecas, porque no me saco, no me muestro. ¿Soy una mentira?

¿Existen los amores imposibles?, me preguntan. A la respuesta no la dudo: Sí. ¿Por ejemplo?, no lo sé. “Confía en tu historia”, me dice. No puedo. No la siento, no es mía. ¿Cómo le digo? No le digo, miro a la pantalla y sonrío.

Una de esas profesoras que marcan por las lecciones de vida me escribió: “Todo es tuyo, sin fisuras. Las estrellas son posibles”. Ella también me pidió que confiara. ¿En qué? En mí.

Vuelvo a mirar mi historia. “Y, por último, el amor”, me escribió, “de cualquier clase, a quien quieras. Correspondido o no, traicionado, amorfo, desequilibrado,

rompepelotas, ruin, dramático. Es la única manera de salir de la mierda”.

En eso sí confío: en el amor, en el imposible que no puedo ejemplificar. Y en las heridas abiertas que no van a cicatrizar, en la falta de respeto, en lo poco que pude hacer.

Confío en que siempre puedo un poco más.

¿Y la próxima vez? Lo haré mejor.

¿Y si caigo? Entonces sabré como levantarme.

Pero aún desconfío, de otra forma no pensaría en la caída.

Otro momento

Dejemos las comedias románticas para otro momento. Para cuando no esté tan escéptica y vuelva a creer que hay gente no tan de acá. Que existen personas con magia.

El salvavidas

Se llega a una situación donde el barco se aleja, la marea crece. Se rompe el mástil. La brújula, rota, apunta al sur. La marea sigue subiendo. Mirar a todos lados y solo ver agua, solo el gusto salado. Los brazos se cansan, las piernas se sienten pesadas. Todo cuesta el doble.

Se deja de ver, se deja de oír. La nariz pica por la sal.

Y un salvavidas cae al lado. Manotazo de ahogado, que le llaman. Con las últimas fuerzas se toma el pedazo de espuma que salva la vida. Un nuevo objetivo al que aferrarse, en el cual volcar todas las esperanzas.

El cuerpo comienza a flotar en el agua salada, se deja deslizar, arrastrar por el salvavidas. Se deja subir al barco, se deja vivir.

Soñar con barcos

Levar anclas.
Izar las velas,
guardar las amarras,
emprender el viaje hacia el horizonte.
En el horizonte está mi fortuna,
el sol será mi guía, la luna mi compañía.

Para siempre

Quisiera encontrar, de una vez, a una persona original. Que cuando yo diga que voy a pasar la noche en vela para filmar el amanecer, en lugar de críticas me de una palabra de aliento y compañía. Café y charla sin importancia hasta que el cielo comience a aclarar. Que las imágenes salgan bien y el momento sea para siempre.

Máscaras

—¿Y cómo eres?

—Soy como me hicieron. A la receta nadie la tenía, pero todos pusieron el mejor empeño en que yo quedara bien. Pusieron tiempo y dedicación en la olla donde me cocían, mientras uno más fuerte revolvió para que los ingredientes se fundieran.

—¿Entonces que pasó?

—No lo sé. Tal vez el fuego no estaba a la temperatura adecuada. Tal vez los ingredientes fueron puestos en exceso... o tal vez lo que salió mal fue cuando moldeaban mi masa.

—¿Cuándo fue eso?

—Justo después de sacar los ingredientes mezclados de la olla. Pero ya eran demasiadas personas las que metían mano para realizarme. Sé de unos cuantos que no tenían buenas intenciones.

–¿Entonces, cómo eres?

–Ya te lo dije, soy como me hicieron.

–¿Pero por qué usas siempre esa máscara?

–No es siempre la misma máscara, depende de lo que necesite.

–¿Por qué siempre usas máscaras, entonces?

–Para protegerme.

–¿Protegerte de qué?

–No quiero que me conozcan. Con éstas máscaras nadie lo hará.

–Pero aún no entiendo como te protegerán...

–Yo tampoco, pero no sé de que otra forma hacerlo.

Lo que se perdió en el camino

A partir de ese momento parece que lo que era un camino recto, de pronto, se llenó de curvas y está en pendiente. Es difícil seguir sola.

Pero cuando hablar es inútil, no hay otra forma de sobrellevar la situación más que decir que sí con la cabeza y dejar pasar la perorata. Desear que se termine rápido, que pronto se olvide de la razón por la que enfureció esta vez.

Entonces es cuando seguir caminando se vuelve peligroso. Cada paso posible se convierte en una incógnita.

La situación se vuelve insoportable; comienzan a atropellar las dudas: ¿y si me equivoco?, entonces todo va a ser peor: voy a haber hecho las cosas mal y estar sola. Porque no voy a tener su hombro para apoyarme y llorar. Porque sé que en ese momento solo su hombro es el que voy a necesitar.

Y no doy el paso, por miedo, por desconfianza. Porque me dejó tirada y sin poder defenderme; porque por su calidad de “ser” nadie le puede discutir nada, todos tienen que rendirle culto.

Y cuando me pregunto: ¿Sigo de largo? No tengo opción, porque el agua que se estanca se pudre. ¿O ya estoy podrida?

A gritos

Lo único que pensaba era que ojalá la nube gris que tenía encima de mí reventara y empezara a llover a gritos, ojalá la arena se revoliera y me arruinara el cuerpo. Ojalá el agua se sacudiera delante de mí, retrocediera y avanzara con un ímpetu suficiente como para dejarme empapada y sin consuelo. Como el patito feo que sabe que nunca va a descubrir que es un cisne.

Pero no pasó nada de eso, ni siquiera lloviznó. Tuve que volver a casa con el pelo revuelto por el viento y la tristeza comiéndome las entrañas.

VIAJAR

Un hobby, un oficio y un anuncio en la sección de trabajo del semanario nacional me llevaron a Singapur.

La sensación de dar un paso más y poder tocar el mundo con las manos.

Vivir, viajar, escribir

"Lo cierto es que, en el mundo administrado y organizado a escala planetaria, la aventura y el misterio del viaje parecen acabados; los viajeros de Baudelaire, que partían a la búsqueda de lo inaudito y estaban dispuestos a naufragar durante el viaje, encuentran en lo ignoto, pese a cualquier desastre imprevisto, el mismo tedio que han dejado en casa. De todos modos, moverse es mejor que nada: se mira por la ventanilla del tren que se precipita por el paisaje, se ofrece la cara al escaso frescor (...) el yo se dilata y se contrae como una medusa..."

Claudio Magris, El Danubio.

"De todos modos, moverse es mejor que nada".

Era mi última noche antes de volver a casa después de un año de ir y venir con nada más que una valija y una mochila. Un año de apoyar la cabeza en diferentes almohadas, de caminar calles sin puntos comunes, de aprender más de mí que de donde estaba. Un año que tenía

destinado a viajar, vivir; luego, volver a casa y hacer lo que se espera.

Después de tanto tiempo de planearlo y tantos días de vivirlo, allí estaba yo, en una casa holandesa, tomando cerveza de barril. Conversaba frente a frente, por primera vez, con la madre de mi hermano. Nos conocíamos desde hacía años por internet y nuestras conversaciones se habían mantenido solo por teléfono o Skype. Estar paradas a un paso de distancia solo llevó un “¡al fin!” para que entráramos en confianza.

Ella me preguntó, entonces, qué iba a hacer una vez que volviera a casa. No era la primera vez que me hacían esa pregunta, y tenía una respuesta estratégica: buscar trabajo. Pero, cuando quise acordar, allí estaba yo, sincerándome con una mujer que (si soy racional, admito que) no conocía. La verdad era que durante tanto tiempo había querido tener mi pasaporte lleno de estampas que, en ese momento, en el que tenía justo lo que quería, no sabía qué hacer después.

Como no soy una persona racional (ni siquiera un poquito, aunque a veces puedo fingir), me costó varios meses darme cuenta de que, si seguía sin saber qué hacer con mi vida, era porque no quería que las cosas cambiaran.

Aún no estaba pronta para una oficina, un ordenador de escritorio y un teléfono que sonara todo el día. No estaba pronta para vivir de la misma forma todos los días.

Poco tiempo después me preguntaron si no estaba aburrida de ir y venir constantemente. Parafraseando, respondí: vos todos los días salís de tu casa, vas a la parada, te tomas el bondi, te bajas en la misma parada y te sentás en el mismo escritorio. Trabajo es trabajo. Nada más que yo un día estoy en Tailandia y otro en Vietnam.

O un día en Skagway y otro en Juneau. O en Antigua y otro en Aruba. O en todos esos lugares del mundo que me faltan caminar y respirar.

Todavía no quería ser convencional.

2012

Crónica de océano

Es el cuarto día de cruce en el océano. Aún quedan dos días más.

Estar en el medio de la nada me provoca una doble sensación; por un lado es este meneo constante del barco que simula una cunita infantil, que me hace andar media dormida por los corredores y no puedo evitar bostezar cuando trabajo. Es lo mejor que me puede pasar a la hora de dormir, pero el resto de las horas del día (especialmente cuando llega la noche y al Atlántico se le da por agitarse), siento que estoy en el juego de un parque de diversiones del que no me puedo bajar.

Por el otro lado, salir a tomar aire y ver agua a mis cuatro puntos cardinales... de alguna forma me relaja.

Probablemente se deba a que sé que en determinado momento veré tierra, entonces me dejo disfrutar el paisaje a mi alrededor: ese constante oleaje blanco y la ola aguamarina que deja el barco al avanzar. Ese tomar consciencia de lo pequeña que soy en este mundo.

La ruta

La ruta es mi mejor amiga. Ella nunca me abandona, siempre está pronta para correr a la batalla, cubriéndome la espalda. Así que cada vez que tengo problemas recurro a ella. Comportamiento nada sano, pero brinda una oportunidad: la de volver a comenzar.

Siempre me gustó esa posibilidad, siempre la busqué. Un nuevo colegio, nuevos amigos, otro color de pelo. La posibilidad de ser de una forma en un momento y luego cambiar completamente con las circunstancias.

Alambrado, pasto, vacas (muchas vacas) y árboles. Pero además la ruta presenta un sinfín de cosas más allá de la vista. Posibilidades, historias, sueños. Toda serie de imprevistos que se resuelven al momento, sin fechas ni cronogramas.

Puerto nuevo

La emoción del puerto nuevo.

El éxtasis de no saber qué se va a encontrar.

Seguridad da la autorización y doy un paso fuera del barco. En la primera bocanada de aire me lleno de un nuevo destino.

Ver una ciudad por primera vez, para mi, es tratar de interpretar de qué va. La arquitectura, los parques, hasta los tarros de basura. Sin caer en la intelectualidad de saber quién fue el arquitecto del parque o qué flores lo decoran, es otra cosa: es sentir si me gusta o no. Como las calles atiborradas de carteles y edificios superpoderosos que vi en Busan, que no tenían nada que ver con el paisaje de la ciudad con la que me encontré dos cuadras después, donde un Buda descansaba en la mitad de una cuadra tranquila.

Lo más extraño fue encontrarme con la taquicardia y la sonrisa lánguida del puerto nuevo pero caminando hacia la Ciudad vieja de Montevideo. Me iba al puerto, a encontrarme con un amigo.

Caminaba por 18 de julio mirando los edificios, los postes de las luces, cada uno con su macetero. Intentaba imaginarme cómo lo vería una persona por primera vez.

¿Qué imagen tendría de mi ciudad? También vi pasajes de ómnibus y colillas de cigarros en el piso.

Crucé la Plaza Independencia, pasé delante del violinista y del señor que limpia botas. Me crucé con muchas personas que, sin necesidad de presentaciones, reconocí como turistas.

Esa emoción, esa sonrisa que no se despega de la cara, las ganas de seguir caminando, de ver más, de encontrarse en una ciudad ajena, eso no se puede cortar. Y si todo eso pasa en una ciudad que no pertenece a uno, cuando sucede en su hogar, entonces todo se multiplica.

El camino recto

No me explico cómo hizo Dante para salirse del camino recto recién a los treinta y tantos años. A mí me cuesta horrores seguir un camino, aunque esté torcido, aunque tenga mapa, aunque vaya con alguien. El camino recto suele ser aburrido, sin escollos y, generalmente, se termina en donde se planea ir. ¿Dónde está la aventura en esa oración?

Quemar kilómetros

El rito anual de los veranos solía ser ir de campamento. Mochila al hombro y no siempre una carpa debajo del brazo, a veces incluso ni siquiera a un camping. El verano de esta historia, en realidad, no sé como qué califica, porque en esa parcela teníamos desde jarra eléctrica hasta sommier inflable; eran diez carpas bajo las tormentas de verano y nosotros, los habitantes, comíamos chivitos, gramajo, tortas fritas. Yo leía mis libros baratos y tenía a mis hermanos cerca.

Para llegar a esa situación atravesé el país de oeste a este en un motorhome que vibraba como loco cuando llegaba a los setenta kilómetros por hora, mientras conversábamos de cortometrajes por realizar. Habíamos salido de Colonia después de las diez de la noche y pasamos la primera parte del viaje (hasta Montevideo) soñando con una super milanesa que nos compraríamos en un parador que el conductor del motorhome conocía. Solo que al querer sacar dinero del cajero, la tarjeta se quedó en Pando y, cuando logramos contar nuestras monedas y encontrar ese puesto de comida, ya no quedaban milanesas.

Comenzada la segunda parte del recorrido, el reloj indicaba que ya habíamos cambiado de día. La beba que viajaba con nosotros dormía, su madre intentaba participar en la conversación que se mantenía sobre el mundo del cine nacional, y las vibraciones de ese vehículo hacían que fuera imposible razonar. Así que decidimos parar cerca del Águila, en Atlántida, y descansar un par de horas antes de seguir el viaje. De dormir no hablamos, porque era un sábado de madrugada y esa zona estaba concurridísima de personas.

A todo esto, y cuando finalmente llegamos a Rocha, con las piernas acalambradas y la espalda aún sintiendo esas vibraciones por la velocidad, mientras miraba ese hotel de lujo improvisado, comencé a sentir que aún me faltaba camino por recorrer: ese no podía ser mi destino final. Me puse como voluntaria para hacer cada mandado, cambié de actividad con tanta frecuencia que los tiempos ya no eran prudentes. Hasta que, en un momento, el dueño de esa motorhome me llamó para viajar hasta un supermercado y terminé confesándole mi aburrimiento. “A vos lo que te gusta es quemar kilómetros”, me dijo.

Y, así como si hubiera sido tan tranquilo llegar, a la mañana siguiente, decidí que ya era hora de volver.

Cuéntame, musa

Las piedras viejas de la Acrópolis me conquistaron cuando era niña. Era un amor platónico, impulsado por algún antiguo dios que ya no recibe culto y que me llevó a leer obras que solo se usan en los salones de clase. Si a eso le sumamos la capacidad de mi mente de recordar datos inútiles, el hecho de que pueda recitar de memoria el comienzo de *La Ilíada* y que para (casi) todas las acciones de la vida tenga una comparación con *La Odisea*, hace que mis amigos sean pocos y muy bien escogidos.

Cuando hacía teatro interpreté a Clitemnestra y muchas veces me he preguntado si alguna vez olvidaré su parlamento o si seguiré citándolo mentalmente cada vez que me encuentre frente a un grupo de “ciudadanos venerables”.

Por otro lado, siempre me llamó la atención (y me encanta más que la mayoría de las cosas) que el teatro y el vino tengan una conexión tan fuerte, después de todo, están protegidos por el mismo dios, Dionisio.

ESCRIBIR

El cosquilleo en mis dedos y esa sensación de libertad cuando las palabras saltan de mi mente a la hoja en blanco. ¡Y qué miedo la hoja en blanco! A esa hay que enfrentar y pelear.

El risco

Y su pecho se partió.

El corazón latía con tanta fuerza que parecía no hacerlo. Las palabras no querían salir, a cambio, millones de lágrimas eran derramadas por sus mejillas y morían al llegar al precipicio de su mentón.

Sus manos aferraban con fuerza su cabello y lo cinchaban hacia abajo. Quería lastimarse más, sufrir aún más. Tener una razón lógica para estar en ese estado.

Para no pasar un mal rato se había escondido en un caparazón de hierro. Por hacerlo terminó muerta en vida, llorando por haber perdido sin siquiera haber luchado.

“¿Qué pasará la próxima vez?” Se preguntó mentalmente, incapaz de articular la boca a menos que fuera para gritar y llorar con más fuerza.

“Será igual”.

Estrella fugaz

Noche de verano. Las sandalias a un costado, el abrigo de almohada. La pieza incorrecta del puzle como compañía.

Miraba la cúpula oscura y contaba las estrellas mientras simulaba escuchar a esa persona, mientras se dejaba dar esos besos fríos que no provocaban sensaciones.

Las estrellas brillaban. Enormes astros gritaban que no estaba sola allí; aunque otro cuerpo estuviera a su lado, la soledad llenaba su interior.

Entonces pasó. Corriendo como un caballo, plateada, hermosa. Su estela duró un largo segundo. Y desperdició sus tres deseos con la pieza correcta, la que nunca estaría allí, con ella.

Puntos suspensivos

Historias de amor que terminan mal hay muchas. De esas que nos quitan la esperanza y arrancan lágrimas, el mundo está lleno, ya no necesita más.

Pero la nuestra: esa es la más triste de todas. Las que me tiene todas las noches sentada en la terraza, con el teléfono al alcance de mi mano, mirando a las estrellas y pidiéndoles milagros. Historias como estas, a las que vos ya le colocaste el punto final y yo me empeño en agregarle dos más.

Tu sonrisa

Pensar en tu sonrisa es lo único que me causa sosiego.

De tanto pensar y poco hacer, de mi almohada mojada, el teléfono que no suena. Sería la historia de mi pijama que ya no huele a ti, de la poca comida que queda en la heladera y de la banda sonora más lenta que escuché jamás.

No es la historia de la sonrisa que le muestro al mundo. Ni del corrector de ojeras, ni de las tazas de café que comparto con mis amigas. Será, tal vez, el porqué de los tequilas que tomé un fin de semana y el motivo de contratar a un escucha anónimo que justo se acodaba en la misma barra.

Es la calma que me falta, la que te llevaste con tu presencia. Es un cuento triste de cómo soy yo quien llama al despertador cada mañana. Es la desesperanza que se va cuando pienso en tu sonrisa.

De engaños

Nos engañamos con el sexo. Después de todo, ¿qué hay más íntimo que el sexo? Y nosotros pasamos el día desnudos. También conversamos, ¿de qué?, de sexo.

Sé que no fui hasta las últimas consecuencias. ¿Cómo podía?, cuando todo fue tan rápido, tan confuso. De la nada nos escribimos, de la nada nos vimos. Luego, otra vez a la nada.

Otra batalla

Llegó el momento.

A la hora de la lucha la señaló el sol. La batalla está por comenzar. Sabía que la guerra nunca había terminado, pero después de todo este tiempo de inacción pensé que las aguas se habían calmado.

Me equivoqué.

Hoy se convocó a una nueva lucha y mi ejército no estaba pronto. Nunca lo ha estado, aunque muchas veces ha logrado avances asombrosos sobre territorio enemigo.

Al terminar la batalla no sabía quien había ganado. Tampoco me importaba. Yo estaba sola.

Sin soldados, sin caballos, sin espadas. Mi cabeza no tenía donde apoyarse para llorar. Con heridas abiertas y perdiendo sangre por cada miembro de mi cuerpo.

Sola, en un bosque que llevo tanto tiempo recorriendo y aún no logro conocer. Por más que me esfuerce por hacer senderos transitables, el otro ejército se empeña en nublar la visión, o tapar los caminos. Y luego, sin siquiera saberlo, coloca piedras enormes y afiladas.

Muchas veces por ir distraída me he lastimado con esas piedras.

Traté de curarme las heridas. Siempre trato. Pero no puedo, no las veo. Siento la sangre que corre con fuerza, siento las lágrimas que caen sin cesar, pero mis heridas están adentro y no hay vendajes que las puedan ayudar a sanar.

No importa que tanto me esfuerce en luchar, para el otro ejército nunca va a ser suficiente.